

La responsabilidad de un científico: el *Diccionario crítico etimológico de la lengua castellana*, de Joan Coromines

1. INTRODUCCIÓN

Aunque no me atrevería a sacar en procesión a uno de mis maestros por ver si así me convertía en el hermano mayor de la cofradía de sus discípulos, encontraría, no obstante, algunas razones que justificarían con creces que me precipitase en esta ocasión por el abismo de lo sentimental para llegar a presentarles a ustedes los para mí entrañables recuerdos de la figura de Joan Coromines; no en vano las conmemoraciones buscan servir de cauce para la expresión de los sentimientos más que para hacer una valoración desapasionada de una obra. Con todo, no serán esos los derroteros por los que encamine esta exposición, pues prefiero honrar la memoria de mi admirado e inolvidable maestro mostrando mi opinión sencilla y clara con respecto a su *Diccionario crítico etimológico de la lengua castellana* (en adelante DCEC). Pasaré, por ello, como sobre ascuas por su biografía y no me referiré a su carácter, a sus opiniones —justas o injustas— sobre los demás ni a las justas o injustas que los demás formularon sobre él, salvo si se trata de apreciaciones sobre su obra que hagan chirriar la valoración que en mi opinión esta merece; como tampoco me ocuparé de explicar el porqué de los silencios con que se ha envuelto tantas veces una labor de la que todos hemos aprendido tanto y de la que proceden gran parte de nuestras ideas y datos. Me conformaré con explicar algunos aspectos básicos de cómo Joan Coromines construyó su *Diccionario crítico etimológico de la lengua castellana*, apoyándome, siempre que me resulte posible, en las cartas cruzadas entre el sabio etimólogo catalán y su maestro Menéndez Pidal que en estos días estamos editando José Ignacio Pérez Pascual y yo.¹ Del prólogo que estamos preparando para esa obra, esta

1. Se citan estas cartas de la *Correspondencia de J. Coromines y R. M. Pidal* (en prensa) manteniendo la numeración de esa edición, seguida de la fecha en que fueron escritas.

exposición es, en parte, un complemento, en parte un adelanto (lo cual justifica que pueda ser parco en las referencias bibliográficas en que se fundan determinadas afirmaciones mías).

Mi intención es presentar no solo las bases científicas sobre las que se asientan las tareas etimológicas de Joan Coromines, sino mostrar también la manera como hubo de organizar su trabajo para llevarlo a buen puerto. He de reconocer que ambos hechos tienen en el momento presente un grandísimo interés para mí, pues me pueden servir como orientación para la realización de una obra en cuya puesta en marcha estoy metido de lleno: el *Nuevo diccionario histórico de la lengua española* que planea realizar la Real Academia Española. Al fin y al cabo, el DCEC, aun sin pretenderlo, es en alguna medida un diccionario histórico, tal y como ha señalado don Gregorio Salvador (1985, p. 147-148): «Tenemos [...] un Diccionario etimológico, el de Corominas, que suple hasta donde puede esa carencia [de un diccionario histórico]. La suma de las historias de las palabras de la lengua no es la historia de la lengua. Pero la verdad es que esa suma de historias, una suma hecha homogéneamente y de la misma mano, no existe para ninguna lengua del mundo si no es para el español. Gracias a Corominas, ese gigante. Su Diccionario no es —mantengo mi afirmación anterior— una historia de la lengua, pero la historia de la lengua está allí».

No se trata solo de que el DCEC haya suplido por el momento al inexistente diccionario histórico de la lengua española, sino que nos enseña, primero, que una obra de este tipo no puede ser el resultado de la intuición, sino que supone la aplicación a ella de los principios de la lingüística histórica; y, después, que requiere una cuidadosísima planificación, ponderando los objetivos en función del horizonte que permiten los medios disponibles. Para ello, hubo de aceptar su autor la responsabilidad científica de quien no solo se complacía en el trabajo bien hecho, sino que estaba dispuesto a poner —heroicamente, si era necesario— todos los medios para llevarlo a cabo, pues le constaba que, por encima de la propia complacencia en la perfección, su trabajo era un pilar del que no podía prescindir el edificio de la filología hispánica.

Por encima de los aciertos de esta obra etimológica y de sus inevitables errores, es imprescindible señalar ese carácter de construcción básica en el dominio del hispanismo, que hace que pueda hablarse en el trabajo filológico de un antes y un después de la aparición del DCEC. Empecemos por decir que los objetivos de esta obra no son exclusivamente lingüísticos (etimológicos), sino históricos (filológicos) también, de modo que coinciden las dos ramas de esa alternativa lingüístico-filológica que Yakov Malkiel (1988) consideraba imprescindibles para la construcción de un diccionario etimológico. Por ello, el hecho de que Coromines mostrara mayor interés por lo lingüístico que por lo filológico, del mismo modo que el no ocultar su pasión por el catalán, no son criterios que sirvan para valorar

esta obra: al fin y al cabo, las disciplinas lingüísticas y filológicas, al pertenecer al ámbito de las científicas, no se han de medir por la simpatía que muestren los investigadores con respecto a la realidad sobre la que trabajan, sino por los resultados a que lleguen en su estudio. Curiosamente, si hay un ejemplo evidente con respecto a esto es el de este inolvidable maestro mío, cuya aventura etimológica castellana no es la consecuencia de un particular afecto a esta lengua, según veremos más adelante, y, sin embargo, sería imposible no tomar su obra como la base fundamental del estudio histórico del léxico español, a lo que me referiré más adelante también.

2. LOS RIGORES DE LA LINGÜÍSTICA

Las cartas enviadas por Joan Coromines a Ramón Menéndez Pidal dan cuenta con gran detalle de la formación tan completa de su autor. Fue para esto decisivo el magisterio que ejerció sobre él Jakob Jud en Suiza. Allí estudió filología germánica, atendiendo al gótico, por un lado, y, por otro, al germánico occidental; este último, fundamental para situarse en el ámbito de los germanismos de las lenguas hispánicas, le llevó a acercarse al alto alemán antiguo; pasó después al alto alemán medio, a la vez que aprendía el alemán moderno. Completó estos estudios con el de la gramática histórico-comparada del germánico, mientras realizaba una concienzuda inmersión en los textos, hasta llegar a tener esa sensación que experimenta un investigador cuando se considera capaz de seguir estudiando por su cuenta, pues sabe ya encontrar en los libros la solución a cuantas dificultades se le presentan. Pero lo germánico era un paso más entre otros que el lingüista sabía que tenía que dar para conseguir una razonable formación de indoeuropeísta, ampliada con el magisterio que ejercían en Francia Meillet y Vendryes. Paralelamente fue completando su preparación románica, de la que llevaba ya mucho andado cuando redactó su tesis doctoral y continuó ampliándola en Barcelona, al regreso de Suiza y París.

Todo ello se conformaba con una idea de lo lingüístico en que la información dialectal se completaba con la de los textos escritos, pero que no se avenía a permanecer en el paraíso de lo descriptivo, ya que servía para llegar a conclusiones lingüísticas, como la que le llevó a establecer una serie de hipótesis referentes al aporte prerromano al romance, ampliando hacia el oriente el territorio de sustrato lingüístico vasco, mientras se fijaba en la importancia que había tenido lo céltico en una amplia área del centro y del occidente peninsular.

Sorprende que cuando el exilio le colocó ante la realidad lingüística de la Argentina y se vio obligado a desviarse por unos años de su atención preferente al catalán, afrontara una aventura filológica de tal calibre como lo era la confección de un diccionario etimológico castellano. Se trataba, sin duda, de un atrevimien-

to: por las dificultades inherentes a la confección de una obra referente a una lengua que estaba tan alejada de sus intereses, desde luego; pero también por las condiciones materiales de que partía. Tomándolas en cuenta, no es posible dejar de sorprenderse de que ese diccionario, publicado pocos años después, pudiese merecer un juicio como el siguiente de J. Terlingen (1962, p. 265), de cuyo libro sobre los italianismos el sabio etimólogo catalán había publicado una dura reseña: «La aparición de este inmenso caudal lexicográfico-etimológico, en los años 1954-1957, es sin duda, el hecho más importante que se ha verificado desde entonces en el terreno de la investigación científica que ahora nos ocupa».

Coromines contaba para realizar esta tarea, a la que se dio nada más llegar a la Argentina, con esa formación a la que acabo de referirme, que partía de un conocimiento nada común de la historia de unos cuantos grupos de lenguas —y de muchas de esas mismas lenguas— no solo románicas e indoeuropeas, sino no indoeuropeas también, la mayor parte de ellas fundamentales para poder interpretar los resortes de la historia del léxico español. Se trataba de una formación que no era parangonable, ni en amplitud de conocimientos ni en la profundidad de estos, con la normal de los hispanistas del siglo xx. Con esa formación había adquirido el método apto para bucear en el pasado y podía formular una serie de hipótesis etimológicas e históricas sometidas a reglas científicas. Tal método se basaba en una serie de leyes evolutivas de todas esas lenguas y del castellano —el marco comparativo en que se desarrollan los estudios etimológicos obligaba a ello—: de un modo particular en las leyes fonéticas con las que se trabajaba adecuadamente en el círculo pidaliano, pero también en las reglas de derivación, a las que se prestaba mucha menos atención dentro de él. El DCEC era capaz de hacer distinciones claras entre los casos de formación de palabras que se dan dentro del propio romance —en el que se mantenían relativamente bien las pautas derivativas latinas— y aquellos otros que eran una mera continuación de la situación del latín. La imagen que obtenemos del léxico hispánico se acerca de este modo a la confusa y variada realidad de los hechos, sin dejar de lado el rigor de los esquemas lingüísticos de cuño neogramático, que no son un fin en sí mismos, sino un medio para interpretar la compleja realidad del léxico. Para lograrlo, mi maestro no hizo ascos a ningún camino explicativo, ni siquiera al del idealismo, siguiendo el ejemplo de otros positivistas —como Walther von Wartburg o Rafael Lapesa y, sobre todo, sus admirados Leo Spitzer y Amado Alonso—; de hecho, no se conformaba con atender a los aspectos formales de la lengua, sino que prestó atención también a los semánticos y concedió cada vez mayor importancia a la capacidad creadora del individuo que se sirve de un idioma, de lo que es buena prueba su artículo «Rasgos semánticos nacionales», publicado en 1942 en el primer número de los *Anales del Instituto de Lingüística*, la revista que había creado en su universidad. De todas formas, fue cauto con las explicaciones mecanicistas de la

etimología y, sobre todo, con las justificaciones *ad hoc*; del mismo modo que, antes de buscar caminos en las lenguas ajenas, trató de encontrarlos en las más cercanas, como el latín.

Llegar por eso en 1972 —¿o fue en 1973?— a trabajar con Joan Coromines, como me sucedió, con el bagaje escueto de una sólida formación romanística —adquirida gracias a las enseñanzas de José Luis Pensado— y unos conocimientos muy someros referentes al indoeuropeo y a las lenguas prerromanas —que hubieran sido nulos de no haber hablado tantas veces sobre ello con otros sabios profesores del Estudio salmantino y excelentes amigos, como Martín S. Ruipérez, Luis Michelena o Javier de Hoz—, me obligó a una cura de humildad. Tratar por entonces de abrirse uno paso con el diccionario de indoeuropeo de J. Pokorny (1959-1969) o el libro de Schmoll sobre los elementos precélticos de Hispania (1959), por los confusos vericuetos de aquello que no era explicable desde lo que sabemos del céltico peninsular, producía aún verdadero vértigo.

Dado que no resulta sencillo vivir permanentemente situado a la vanguardia de las disciplinas etimológicas, adaptándose a diario a cada nuevo modelo que viaja en el último tren que acaba de salir de la estación del cambio lingüístico, era explicable que, en la inmensa tarea que supuso simultanear mucho después de la construcción del DCEC una segunda edición de ese diccionario con la redacción del diccionario etimológico catalán y el *Onomasticon*, se empeñara el sabio etimólogo en seguir trabajando de la forma como lo había hecho en el DCEC (cf. A. Várvaro, 1999, p. 24-25). Con ese «instrumental», que respondía al estado de la lingüística histórica en los años cincuenta del siglo pasado, se atrevió a arriesgarse por los lugares más oscuros de la etimología hispánica, una vez que, sin haber podido recorrer todos sus velos, logró que nos moviéramos por este terreno con mucha más seguridad no solo en el ámbito de las voces patrimoniales de origen latino y de los préstamos tomados de las propias lenguas románicas, sino incluso en el de las voces de origen árabe, germánico, vasco e indoeuropeo.

Claro está que el riguroso apego a las leyes de evolución con que actuaba el lingüista cesa en los casos en que su interés por explicarlo absolutamente todo le llevaba a aventurarse por algunas hipótesis en que se hubo de enfrentar con dificultades casi insalvables, dada la situación que tenía entonces —y en gran medida sigue teniendo— la disciplina etimológica; aunque no olvidemos que esas problemáticas explicaciones no se construyeron, en la mayor parte de las ocasiones, para sustituir a otras más claras, sino que buscaban solo ver si era posible vislumbrar alguna solución a problemas irresolubles. Que aceptara algunos retos difíciles de llevar a buen puerto —así, explicar aquellas voces de aspecto indoeuropeo que no encuentran una solución en el céltico— no puede tomarse como un indicio de la falta de pericia del navegante, sino que muestra el atrevimiento del piloto bien curtido, incapaz de dejar una ruta sin examinar o un camino sin recorrer, tal y

como él mismo escribía a Menéndez Pidal: «Tengo plena conciencia de que el difícil empeño en que estoy metido me obliga a abordar problemas sumamente espinosos y a veces insolubles o poco menos. Aun cuando no logre resolverlos, me consuelo pensando que, por lo menos, los acerco a la solución, gracias al método de escudriñar a fondo e imparcialmente todos los datos fundamentales y no callar ninguno, aunque no sea o no parezca favorable a mis ideas» (§ 48: 10.9.1950). Se trata de la actitud propia del científico consciente de la dificultad de los problemas que se plantea y de la provisionalidad de las hipótesis a que puede llegar cuando cree que ha de arriesgarse a plantearlas. Por ello, no compromete el valor del trabajo etimológico emprendido por él la crítica a algunos excesos que se pueden señalar en sus obras, sobre todo las escritas con posterioridad al DCEC, cuando su probada experiencia le animaba a formular sus hipótesis más arriesgadas a las que, sin embargo, no aconsejaría a los jóvenes a arriesgarse (*vid.* J. Solà, 1999, p. 203).

Hoy, a la distancia de cincuenta años que nos separan de aquel monumental esfuerzo que supuso la publicación del DCEC, resulta necesario, por un lado, volver de nuevo a los problemas etimológicos que quedaron pendientes, atendiendo al desarrollo que se ha dado en el campo del indoeuropeo, del céltico y paracéltico; del vasco y del ibérico también; incluso del árabe y de lo germánico; y de las lenguas amerindias. Algo deberá cambiar también del marco metodológico, pero sin que ello vaya a alterar profundamente las bases de esta obra ni la mayor parte de su contenido. Hacer lo uno y lo otro exigiría contar con un granado grupo de especialistas que pudiera renovar un edificio cuyos pilares, arcos y nervaduras fueron levantados por un único alarife con el que se abre y se cierra una etapa fundamental de la etimología hispánica.

Un alarife que, como he dicho, tuvo el atrevimiento de arriesgarse a explicarlo todo, sin que le importara terminar por ello dándose de bruces con problemas irresolubles. A ese respecto, con nuestros conocimientos actuales, hay casos en que se busca alguna luz con explicaciones sumamente problemáticas, como ocurre con el sustrato tomado como mera justificación: así, ni siquiera su idea de que, visto en una perspectiva de uno o dos milenios antes de la romanización, pudiera haberse dado una relación genética entre el vasco y el ibérico permite aceptar la alternativa de que una voz sea ibérica o protovasca (*vid.* DCECH, s. v. *aulaga*); como hay que tener sumo cuidado antes de admitir la posibilidad de que *artiga*, voz céltica o precéltica, pudiera haberse tomado por el vasco, adaptada allí en la forma *artega* (*vid.* DCECH, s. v. *artiga*); igual que el hecho de que *barda* esté en lodgorés no parece un apoyo decisivo para su posible origen ibérico, cuando se da una razón tan problemática como que el «sustrato sardo está emparentado con el ibérico» (*vid.* DCECH, s. v. *barda* II); del mismo modo que en el caso de *barraca* no resulta sencillo mantener la posibilidad de que pasase del sumerio al asirio acádico y que fuera luego transportada por los fenicios a las Baleares. Explicaciones

como estas —aunque se nos presenten como meras y dudosísimas posibilidades— equivaldrían en el campo de la filología a tratar de reconstruir el texto de algunos pasajes de *La Celestina* por la coherencia psicológica con que ha de comportarse Sempronio o por el tiempo que tardan los personajes en bajar una escalera, en lugar de llegar solo hasta donde lo permite la comparación textual. En una obra de tan grandes dimensiones, cuyo autor se obliga a no dejar nada sin explicar, se entiende que se dé cuenta, ante lo inexplicable, de justificaciones como las anteriores; igual que se comprende que, llevado el autor de la mano de sus propias obsesiones, ante la dificultad para decidir si una forma vasca es madre o hija de la romance, como en el caso de *abarca*, prefiera lo segundo, a pesar de que los filólogos hayan ido allegando datos cada vez más fiables de la otra posibilidad, y que lo sustente en un argumento que podría servir para una cosa o para la contraria: porque que en trescientos años dispongamos de ejemplos que permitan suponer que una forma se ha extendido por toda la Península, tanto puede significar que se trataba de la situación inicial de esa forma como que en trescientos años fue capaz de hacer todo ese recorrido.

Las voces que encuentran más dificultades de interpretación son las prerromanas, por su alejamiento en el tiempo, pero también aquellas palabras o acepciones que nos resultan demasiado cercanas, en las que dependemos más del conocimiento de la realidad que de la aplicación de reglas evolutivas. Tratándose de las paleohispánicas, para muchas que no se adaptan a lo que sabemos del céltico y del vasco, deberá esperarse a que vayan avanzando —¡no es poco lo que se ha logrado en estos últimos años!— nuestros conocimientos de aquellas lenguas. No dejaré de reconocer, por ello, que no es fácil admitir algunas explicaciones del DCECH cuando se busca en él dar con un étimo precéltico o paracéltico o sorotapto, si se prefiere, apoyándonos —el empleo del plural es un reconocimiento de la parte de responsabilidad que me pueda caber en ello— en algunas problemáticas relaciones con el balto-eslavo, y sigue siendo difícil que nos adhiramos a sus opiniones cuando se ha de contar con la posibilidad de que una voz, de cualquiera de las variedades prerromanas, pasara al mozárabe y sufriera allí el influjo de una palabra semítica, aparte de estar sometida a unas cuantas complicaciones más (*vid.* DCECH, s. v. *aulaga*), o la de que en el mozárabe valenciano una voz contuviera elementos del sur de Italia (*vid.* DCECH, s. v. *barraca*) o hasta el recurso al mozárabe en general para resolver algunos de los problemas pendientes de solución cuando no sirven para ello las reglas evolutivas que aplicamos a los romances. Si todo esto ocurre no es porque la realidad se le fuera a Joan Coromines de las manos, sino porque, consciente de lo arriesgado de alguna de las construcciones de este tipo, se atrevía a darles vueltas, por si su experiencia ante la reconstrucción podía servir en el futuro para encontrar alguna luz a estos problemas. Su desaliento, «dada la escasez de nuestros conocimientos actuales», aunque no

siempre lo expresase con la contundencia con que lo hace *s. v. charco*, no le hacía esperar que en el futuro se pudieran confirmar la mayor parte de sus construcciones más audaces, sino que las deja ahí como meras hipótesis desde las que quizá se pudiera llegar algún día a alcanzar otras mejores.

Nada tiene que ver lo anterior con las numerosas ocasiones en que el etimólogo ha de recurrir a argumentaciones encadenadas, a la manera de una serie de eslabones hipotéticos, exigidos tantas veces en la reconstrucción. Estos eslabones, como hipótesis que son, serán confirmados o rechazados con el tiempo, como ocurre con muchas otras hipótesis que se han de formular a cada paso —del tipo, por ejemplo, de la afirmación de que la acepción primitiva de *barda*, que «pare[ce] ser» ‘barrera, cerca’, que, obviamente, ha de ser confirmada o rechazada en el futuro. El hecho es que su intuición y buen sentido encuentran la mayor parte de las veces, a través de construcciones sumamente complicadas —aunque no más de lo que exige la propia realidad histórica—, la explicación de problemas aparentemente irresolubles, sin necesidad de vivir peligrosamente —permítaseme la utilización de este sintagma tan peligroso a su vez— en estos dominios, salvo cuando el horizonte en que desarrollaba su trabajo le impedía hacer comprobaciones que a nosotros no nos resultan inalcanzables.

3. LA AVENTURA FILOLÓGICA

Para levantar el sorprendente edificio de la etimología hispánica tuvo el lingüista que contar también con la historia de las palabras y con las relaciones que han ido contrayendo, rompiendo así los rigores del orden alfabético. Encuentra de este modo un gran apoyo en los datos filológicos —entendidos en un sentido amplio— para la erección de algunos étimos: son esos datos los que nos aconsejan, a menudo, rechazar que una palabra documentada por primera vez en el *Diccionario de autoridades* sea prerromana; como resulta más prudente —es una idea que se fue haciendo a lo largo de su trabajo— aceptar que es más normal que se registre por primera vez en el siglo xv un catalanismo que un italianismo; del mismo modo, el hecho de que el área en que aparece una voz esté cerca de Navarra, el País Vasco, etc., resultará un dato decisivo para situar su procedencia en el vasco. Los textos se convierten así en cómplices de la investigación del etimólogo, que le llevan a encontrar, por ejemplo, en el ámbito conservador de los usos de Nebrija, Guillén de Segovia o Alonso de Palencia, en el judeoespañol, o en los datos modernos de algunos lugares de Extremadura, los más sólidos asideros para sus hipótesis sobre la interpretación de las sibilantes en la edad media, tan importante para algunas etimologías.

Menéndez Pidal aplaudió la decisión de Joan Coromines de apoyarse en la primera documentación de las voces incluidas en el diccionario para el estudio de

las etimologías; pero su discípulo fue un poco más lejos, dando entrada a una pequeña parte de la historia de algunas palabras que dejan ver algunos jirones desprendidos en su caminar a través del tiempo. De forma que los datos históricos no solo le sirvieron como un argumento etimológico más, sino también como base de una gran cantidad de observaciones sobre la historia del vocabulario castellano. Esta dimensión histórica de su obra, en la que no falta la relación de los étimos entre sí —relación genética, pero semántica también—, tuvo consecuencias importantes en el propio dominio de la etimología, pues ha contribuido a que podamos tomar como préstamos de las lenguas vecinas no pocas palabras que los diccionarios etimológicos románicos anteriores suponían continuaciones directas del latín. Pero se ha revelado, a la vez, importantísima como apoyo al trabajo filológico, de forma que no se entendería que se hicieran referencias a la lexicografía histórica del siglo xx sin citar este diccionario (*cf.*, sin embargo, M. Seco, 2003) cuando su publicación cambió sin más la manera de poder estudiar los textos hispánicos. Lo he explicado en alguna otra ocasión: faltaba una obra que sirviera de base de comparación para entender los usos de los escritores del pasado, hecha, por otro lado, con un suelo más firme que el que podía ir construyendo un filólogo para cada obra concreta, salvo que se basase en el contraste entre un dato original y su traducción, como el que Margherita Morreale ideó comparando el original de *Il Cortigiano* con la traducción que había hecho de él Boscán, o se arriesgara, como hizo Dámaso Alonso —en lo que le siguieron algunos discípulos suyos—, a buscar antecedentes en el siglo xv de las elecciones que tiempo después caracterizarían a Góngora. Junto a lo cual se llegó, en lo que era un diccionario etimológico, a proporcionar una serie de ideas generales sobre el léxico hispánico —*cf.* lo que he señalado más arriba a propósito de los catalanismos e italianismos— en que dejan las palabras de ser unos *disiecta membra*, explicados cada uno —mejor, justificados— de una manera particular. De este modo, proporciona este libro no solo soluciones a problemas etimológicos particulares, sino que se convierte en una especie de microscopio, a través del cual pueden los investigadores examinar de otro modo distintos aspectos de la historia del léxico.

Los logros de este diccionario se deben, por tanto, no solo al cuidado con que se le aplica el método cimentado en los conocimientos lingüísticos a que había llegado su autor, sino también al acopio de una bibliografía adecuada, tanto de los trabajos sobre el léxico como de las voces que se fueron encontrando en un grupo de textos bien seleccionados. No era la Universidad de Cuyo el mejor lugar para embeberse de la bibliografía relacionada con la historia del español, pues aquella institución recién creada carecía de los textos básicos de nuestra literatura y de los trabajos fundamentales relativos a la etimología e historia del léxico románico. Si no faltaba el diccionario de la Academia Española, ello se debía a que lo había con-

seguido el propio filólogo. Por ello se quejaba Joan Coromines a Francesc de B. Moll (*Epistolari Joan Coromines & Francesc de Borja Moll*, 2000, p. 106):

En lo que me extenuó vanamente es en tratar de formar una buena biblioteca de lingüística románica [...], empeño vano hasta ahora, debido sobre todo a las comunicaciones interrumpidas.

No obstante, desde el momento mismo en que llegó a la Universidad cuyana, ya a principios de 1940, sin arredrarse por las dificultades, pero consciente y preocupado por los riesgos que suponía realizar el trabajo en estas condiciones, comenzó la lectura y el estudio de cuanto pudo encontrar escrito sobre el léxico castellano, tarea a la que pensaba dedicar —y cumplió razonablemente sus planes— siete años, hasta mediados de 1946. Durante ese tiempo fue despojando de una manera sistemática los libros y revistas más importantes: los que no pudo adquirir los fue consultando en verano en las bibliotecas de Buenos Aires o de Santiago de Chile, mientras en Mendoza estudiaba los materiales que iba consiguiendo. El esfuerzo no tardó en dar sus frutos, pues en tres años, es decir, a finales de 1942, había logrado reunir 30.000 fichas y, en 1943, disponía ya de 83.300, en un momento en que había extractado todas las revistas que se encontraban en el Cono Sur y pensaba hacer lo mismo, durante el verano, con los libros sueltos que había ido adquiriendo.

Luego, en los Estados Unidos, mejoraron notablemente los recursos bibliográficos. Con el generoso servicio de bibliotecas de aquel país, dio un buen empujón a sus búsquedas, sobre todo durante su estancia neoyorquina, en que no tuvo que dedicarse a las tareas docentes. Así, cuando en junio de 1946 empezó su trabajo en la Universidad de Chicago, donde había sido contratado como *assistant professor*, llevaba considerablemente avanzada la recopilación de los datos bibliográficos; pero, aunque su idea era haber concluido en ese momento la fase de acopio de materiales y empezado la redacción de la obra, no pudo cerrar la búsqueda bibliográfica por la cantidad de cabos sueltos que habían quedado pendientes de anudar. Empezó así la redacción de la obra sin contar con todo el material bibliográfico que estimaba imprescindible —y lo era— para construir su armazón. Incluso cuando en noviembre de 1951 terminó al fin el trabajo de redacción, en el momento en que iba a empezar a corregirlo, hubo de seguir introduciendo datos tomados de algunos libros importantes que acababan de publicarse y de otros ya publicados antes, de cuyo interés no se había percatado hasta entonces... Aún después, en 1952, incorporó al tomo iv del DCEC unas importantes adiciones, hechas una vez que había terminado la corrección de pruebas.

No le amilanaron a nuestro filólogo tantos problemas, incrementados por las dificultades en la comunicación que originó la Segunda Guerra Mundial, ante su

decisión de allegar una bibliografía adecuada para los fines del diccionario etimológico: es decir, revistas y libros de filología hispánica y románica en que se contenían los trabajos más importantes referentes a la historia del léxico. Sobre estos pilares se sustentaba la interpretación del origen de las voces del español —ya me he referido antes a sus cimientos metodológicos—; la nervadura de ese edificio se iba formando por la cantidad de lecturas que había emprendido desde su llegada a la Argentina, no elegidas al azar, sino seleccionadas con criterios razonables y pragmáticos que le permitieron hacerse una idea muy clara del vocabulario del castellano antiguo. Mientras leía esos libros iba subrayando las voces que a su juicio tenían algún interés por su rareza, por suponer una documentación temprana, o por representar una variante problemática, etc. Con el vaciado de un número importante de textos literarios y lingüísticos creó el soporte que le permitiría contemplar después las líneas generales de cómo se había ido desarrollando el léxico castellano a lo largo de su historia. Empezó con la colección «Teatro Antiguo Español», leyó un tercio aproximadamente de los «Clásicos de la Lectura» y un número importante de la «Biblioteca de Autores Españoles». También expurgó una amplia representación de los documentos no literarios hispánicos. Se enfrentó además con las obras sueltas de muchísimos autores, sobre todo medievales y del siglo de oro. De esa forma se prodigan en el diccionario las referencias a Alfonso el Sabio, Mateo Alemán, Cervantes, etc.

La necesidad de terminar este trabajo de búsqueda de datos en un pequeño espacio de tiempo le llevó a completar sus lecturas de textos literarios con glosarios y diccionarios, como el *Diccionario de autoridades*, incluida la segunda edición del primer tomo, el de Cuervo y el de Pagés. Se sirvió para las primeras letras del DCEC del *Diccionario histórico* de la Academia Española y mantuvo por un tiempo la esperanza de poder disponer desde la letra C en adelante —por lo menos hasta la F— gracias al nuevo *Diccionario histórico* que la Academia había iniciado en 1946; pero el ritmo de trabajo con que se iba redactando esta obra no lo hizo posible. Tampoco pudo disponer de los materiales del *Tesoro lexicográfico* de don Samuel Gili depositados en el CSIC.

Para la lengua medieval y la de los siglos de oro contó con la mayor parte de los vocabularios que resultaban entonces accesibles, con los que suplía la información que hubiera encontrado en textos literarios que no tenía tiempo de estudiar. Fueron obras lexicográficas como las de Alonso de Palencia, Nebrija, Covarrubias y varios diccionarios bilingües lo que le sirvió para completar ese armazón de textos en los que poder seguir la historia de las palabras de la edad media al XVIII. Para el español moderno disponía de unas cuantas ediciones del diccionario vulgar de la Academia, así como del diccionario de Esteban de Terreros y Pando.

En cuanto a los datos dialectales, aparte de un buen aprovechamiento de cientos de artículos, pudo servirse de vocabularios básicos aragoneses, leoneses, anda-

luces, americanos, etc. Junto con ellos exhumó la información de una serie de obras antiguas que proporcionan datos de los léxicos especiales: de veterinaria, construcción, cocina, ingeniería, botánica, etc.

Aparte del material hispánico, contaba con los diccionarios etimológicos más comunes, tanto para el ámbito indoeuropeo como para el románico, francés, italiano, rumano, catalán y portugués, así como para el árabe y el vasco.

Con la enorme cantidad de obras a las que se hace referencia en las páginas introductorias del DCEC —su correspondencia nos muestra el difícil camino que hubo de recorrer para dar con muchas de ellas— pudo tejer la red de voces que conforman el léxico castellano de su diccionario, sin pretender con ello levantar un monumento que representara la culminación de la más refinada y larga investigación filológica, sino solo esa obra provisional que podía realizar por sí sola una persona aislada, carente de medios de investigación elementales para esta empresa. Intentaba con ello facilitar que se pudiera llegar, en ediciones posteriores, a esa construcción deseable que por el momento resultaba imposible de lograr. La provisionalidad con que afrontó su trabajo no se debía, pues, a que encontrara dificultades interpretativas insalvables, sino a su decisión de pasar por alto cientos de problemas fáciles de resolver, pero que le hubieran exigido disponer de un tiempo con que no contaba. La obra se levantó así con unos objetivos muy claros (G. Clavería y J. Torruella, 2005, p. 227), dentro del horizonte de posibilidades que tenía su autor. Con todo, se entiende que los ojos precavidos de muchos filólogos, ajenos enteramente a las condiciones en que se realizó el trabajo, puedan sentirse insatisfechos por la existencia de unos cuantos e importantes desconchones que es fácil percibir en la obra (*vid.* las críticas citadas por G. Clavería y J. Torruella, 2005, p. 227-228).

4. PRAGMATISMO Y RESPONSABILIDAD

No puede tomarse como un baldón no haber consultado para esta obra tantos y tantos textos como tenemos ahora los filólogos a nuestra disposición, cuando ni las posibilidades de la realidad se lo permitían a Joan Coromines ni el tiempo de que disponía se lo aconsejaba, decidido como estaba a que su idea no se quedara en un hermoso proyecto; de forma que, a pesar de los graves riesgos que le acechaban, no hubo de buscar al final una justificación para explicar cualquier tipo de incumplimiento, sino felicitar por su culminación en el momento previsto.

Su sentido de la responsabilidad le lleva a trazarse desde el principio unos claros límites temporales para su estudio, sin detenerse a disfrutar ante tantos actos de descubrimiento como contiene la obra. Y, lo que es más importante, sin caer en el grave error del que nos previene Rainer Maria Rilke (1975, p. 36), que supo-

ne impacientarse. No está de más pensar, por otro lado, que buscaba rematar el proyecto en un plazo razonable, para que no le impidiera un día, que él no quería que fuese muy lejano, reanudar sus trabajos sobre onomástica catalana. Por todo ello, comenzó por trazarse un plan en el que se aliaban a partes iguales el tesón, la inteligencia y el pragmatismo; y lo cumplió, tras un gran esfuerzo: «Empecé el diccionario joven y lo he acabado envejecido prematuramente por un esfuerzo que no sin razón califica Jud de “inhumano”. Once, doce y a veces quince horas de trabajo fueron mi pan cotidiano durante los últimos años» (§ 58: 13.05.1952).

Este trabajo inhumano ha conducido, como decía, a que, además de los objetivos etimológicos, hayamos encontrado los filólogos en sus resultados un grandísimo apoyo para nuestro trabajo. Eso no supone que no queden problemas pendientes de respuesta; pero estos se pueden afrontar ahora gracias a aquel colosal esfuerzo y ello puede hacerse además en condiciones muchísimo más ventajosas que las que existían antes de la aparición del diccionario. Si ciertamente hay que contar con la imperfección de la obra, por llamar de una manera fácil de entender a la condición de perfectibilidad inherente a las hipótesis científicas, no deberíamos olvidar, por otro lado, la idea de este etimólogo de que lo mejor es enemigo de lo bueno en un trabajo concebido, como he dicho, en gran medida para la satisfacción personal, pero que buscaba también ser útil a los demás. Al planear los objetivos del diccionario y la forma de alcanzarlos, no tenía la menor duda de que debía construir «una obra que forzosamente tendr[ía] que ser muy incompleta en la primera edición y que deber[ía] irse completando en ediciones sucesivas» (§18: 16.12.1943). Por lo dicho, no se debiera pensar que los límites que se impuso desde el principio, para poder terminar la obra a tiempo, eran consecuencia de la debilidad de sus bases científicas —a ello me he referido, al final del punto anterior—, pues los planteamientos filológicos y lingüísticos desde los que se emprendió estaban muy a la altura de los conocimientos científicos del momento, de forma que me parece injusto caracterizar como un *parto del ingenio* —son palabras de Malkiel (1976, p. 16)— una obra cuyo autor estaba al día, tanto en la parte metodológica de su trabajo, como en lo referente a los datos léxicos; aparte de sus condiciones intelectuales y de su capacidad para relacionar los cientos de hechos que se entrecruzan por los caminos del diccionario. De otra forma no hubiera podido construir una de las obras más ambiciosas escritas sobre la lengua española, que se ha visto como un sazonado producto de una profunda inteligencia.

En la realización del DCEC hemos de tomar en consideración no solo la vertiente científica del trabajo, sino también la técnica. Atendiendo a ella, su autor, antes de ponerse a andar, preparó el camino, hasta dedicar a la preparación de su trabajo más de la mitad del tiempo total. Comenzó por papeletizar las palabras de la edición de 1936 del diccionario académico —prescindiendo únicamente «de los

cultismos menos corrientes y de los derivados más triviales» (§ 18: 16.12.1943)—, a lo que fue añadiendo aquellas «palabras anticuadas y dialectales [...] para las que existe una etimología conocida o por lo menos alguna conjetura muy fundada» (§ 18: 16.12.1943), e incluso otras cuyo interés iba más allá de lo puramente etimológico (es el caso de *recio*), o que tuvieran que ver con «cuestiones fonéticas, morfológicas, etc. muy importantes» (§ 18: 16.12.1943). Su idea era organizar las voces en grupos etimológicos, partiendo del DRAE, pero complementándolo, tal y como he señalado más arriba, con muchos otros datos de distinta procedencia; tales grupos de palabras darían lugar después a los distintos artículos del diccionario. A esta etapa preparatoria del trabajo se dedicó desde el año 1940 hasta el 1946. Esto lo critica Yakov Malkiel (1976),² enfocando como un hecho de contenido algo que no se puede valorar más que técnicamente: se trata de que, a pesar del gran peso que tiene el léxico medieval, Coromines partió en el DCEC del léxico actual (p. 74), con lo que la obra hubiera requerido un índice de palabras desusadas, «introducidas de contrabando», que se han examinado solo de una manera indirecta (p. 74 y nota en las pp. 93 y 94). El problema es que, de haberse hecho las cosas a la manera como el refinado morfológico hubiera preferido que se hicieran, no hubiera sido posible construir el diccionario, por el simple hecho de que con los materiales filológicos del español —que no eran los del francés— y, de un modo particular, con los que el lingüista tenía a su disposición, lo mejor hubiera sido ponerse a lucubrar cómo tenían los demás que hacer esa obra. Incluso, de haber tenido resueltas las condiciones de trabajo que exigiría cumplir sus ideas, no era descabellado partir del léxico actual para un diccionario de este tipo —en el que lo etimológico e histórico son indisociables—, cuando unos dos tercios de sus lemas los tenemos registrados a partir del siglo XVIII.

Parece que lo prudente fuera valorar las cosas ponderando si la relación entre los medios, los resultados y los objetivos resulta razonable o no. Y el hecho de que el lingüista vertebrara las voces de su diccionario acudiendo a repertorios muy

2. Sorprende que el diccionario de Coromines no le mereciera ninguna alusión positiva, cuando se compara esta actitud con la que se mantiene hacia otros diccionarios que aparecen citados en esa obra. Hay dos referencias a la obra de J. Coromines que no son negativas: la primera, refiriéndose a que comparte con la de Vasmer, para el ruso, las referencias bibliográficas incluidas al comienzo de las obras (p. 66); la segunda, que se ha realizado íntegramente por una sola persona y en un tiempo *record*, de forma que no da lugar a distintos planteamientos etimológicos (p. 16). Se hacen además alusiones neutrales, meramente informativas, referentes a las adiciones que su autor no tuvo tiempo de incluir durante la corrección de pruebas (p. 6) o a que se ha hecho de él una versión reducida: el *Breve diccionario etimológico de la lengua castellana*, para lectores profanos (Madrid, Gredos, 1961; 2ª ed. rev. 1967; 3ª ed. 1974) (pp. 6 y 79). Hay un cierto cambio de actitud en Malkiel, 1996, p. 133-135, 161-163, 164 y 168, como me señala mi buen amigo Joan Solà. De todas formas, sería inútil que tratáramos de hacer dialogar a Coromines y a Malkiel entre sí, a través de sus textos, pues no se encuentra en ellos un interés por encontrar una intersección de asuntos compartidos que hagan posible ese diálogo,

bien pensados, pero no en el que todas las obras eran las más adecuadas, no impide que el mapa que proporciona de la historia del léxico, aunque incompleto, resulte utilísimo. Hubo un momento en que pudo optar por someter su trabajo a una concienzuda revisión (*vid.* § 66: 7.10.1952) para limar los excesos explicativos, las propias incoherencias y contradicciones surgidas en un trabajo tan amplio y tan dilatado en el tiempo, en que las soluciones a un mismo tipo de problema no podían coincidir siempre. Es justa la crítica que Y. Malkiel hace a la coherencia de la obra, tomando el diccionario de Wartburg como punto de comparación; pero este defecto resultaba insalvable en aquel momento y, como tal, aceptado explícitamente por Joan Coromines como mal menor, dejando para más adelante un proceso de normalización que sirviera, por medio de comparaciones internas, para resolver las contradicciones que no son perceptibles a simple vista. Es algo que ahora resulta factible gracias a la técnica informática, que, aunque no pueda suplir el ingenio y la preparación del comparatista, puede apoyarle considerablemente en la realización de sus tareas.

El hecho de que Sancho perdiese su asno no es elemento clave para nuestra interpretación del *Quijote*, del mismo modo que no adaptarse el DCEC al refinamiento formal del FEW de W. v. Wartburg no supone dar un paso atrás en la disciplina etimológica, ni ello se explica por la distinta profesionalidad científica con que se aborda en ambas obras la tarea etimológica (Y. Malkiel, 1976, p. 44). No creo que sea justo despachar la caracterización del diccionario de Coromines solo por algunos rasgos negativos suyos, como lo son la prolijidad de una obra «overextended and slightly verbose» (pp. 5 y 41; afirmación que exigiría hacer no pocas matizaciones), frente a su gratamente enjuto *Breve diccionario* (p. 41), o la morbosa actitud polémica de quien no siempre actúa de una manera decorosa (pp. 5 y 44). Toda esta serie de cualidades negativas forma una especie de música de fondo desde la que Malkiel se acerca a uno de los aspectos más originales e importantes de la obra, desvirtuándolo porque, a su juicio, resulta innecesario: su denominación de «crítica» (p. 11); lo cual le sirve para llegar a la conclusión de que, por medio de ello, Joan Coromines, que tiene «una idea exageradamente neorromántica —incluso mística— de la etimología», ha pretendido que este «parto del ingenio» —calificación a la que ya me he referido— no se confunda con las compilaciones etimológicas amateurs del siglo XVIII (p. 16).

Hay otros criterios en que se basa Y. Malkiel (1968, p. 199) para valorar un diccionario etimológico —«the varying scope of the chosen inquiries», «the kind and amount of material adduced as evidence» y «the inherent degree of transparency of each problem at issue»— que parecen contruidos para justificar una impresión francamente negativa sobre el DCEC, por más que ni todos esos criterios tienen el mismo valor ni se puede decir que se incumplan sistemáticamente en este diccionario. Por otro lado, está por ver que la realidad conocida como

«diccionario etimológico» pueda construirse sobre una única plantilla posible, en que no se requiera de otros rasgos formales más.

Las posibilidades técnicas con que contamos en el momento presente hubieran facilitado notablemente esas condiciones que Malkiel pedía a un diccionario etimológico, tal y como ha sabido ver Gloria Clavería (1993) a propósito de la aplicación de la informática al DCEC o al DCECH. En su trabajo, se plantea esta filóloga la forma de resolver con apoyo informático una serie de incoherencias patentes, como que *cabildo* y *capítulo* no estén en el mismo artículo, que los derivados de *caput* se diseminen en diferentes lemas del diccionario: *cabeza*, *cabadelante*, *cabe*, *cabildo*, *cabo*, *cabotaje*, *capataz*, *capellar*, *capital*, *capitán*, *capitel*, *capitolio*, *capitón*, *capitoso*, *capítulo*, *capizana*, *caporal*, *capricho*; así como la necesidad de evitar contradicciones como supone separar *abyecto* y *afecto* de *hacer* y *echar*, a pesar de haber agrupado en cada una de esas voces un nutrido grupo de cultismos, y a diferencia de lo que se hace con *estar*, que acoge un excesivo número de palabras (pp. 594-595). Con ejemplos como estos, referentes a la macroestructura, se pone el dedo en la llaga sobre los problemas de coherencia existentes en el DCECH, que son extensibles a aspectos más importantes aún de la obra, incluso a las propias etimologías: justificar la excepcionalidad en la evolución del ár. *z* a *j* en *jinete*, remitiendo a *jirafa*, cuando en la transmisión de esta última voz se hace mediar al italiano, es un tropiezo que obliga a buscar otra explicación (como la que se ha dado a través del beréber). No se trata, sin embargo, de heterogeneidad de puntos de vista (p. 595) en la realización de este diccionario, sino de imposibilidad, con los medios con que Coromines contaba en los años cuarenta del pasado siglo, y en las condiciones en que hubo de realizar su trabajo, para poder relacionar cada decisión que tenía que tomar con todas las del mismo tipo que había tomado o iba a tomar en otros momentos. Se trataba de maneras distintas de afrontar los problemas que se iban presentando a medida que avanzaba en la redacción de la obra, cuando su autor había de optar por lo que en cada ocasión le parecía más atendible, sin tener la posibilidad de dar marcha atrás y comprobar cómo había actuado en otras, pues solo el hecho de remover para cada problema los miles de páginas mecanografiadas, corregidas y recorregidas que contenía la obra le hubiera exigido una gran cantidad de tiempo del que no disponía. Con los nuevos horizontes que ha abierto la informática a la investigación etimológica, llegará un día en que el etimólogo pueda, con relativa facilidad, limpiar de contradicciones una obra de este tipo, sin necesidad de soportar todos esos riesgos que le han acechado desde siempre en su trabajo, si bien de momento son de gran ayuda para esto los índices de sus obras, particularmente del DECat y del OC.

Pero, aun a sabiendas de que la técnica informática permitirá solucionar una serie de problemas referentes a la coherencia de este diccionario, ello no debiera hacernos olvidar que el etimólogo es una especie de inspector Maigret, que no

puede rellenar ante cada paso que da en su investigación todas las casillas de un formulario, pues los criminales de las novelas policíacas, igual que las palabras, no realizan sus fechorías tomando en consideración la obligación de cumplimentar todos los apartados de una encuesta. Por eso, los policías de las novelas y los filólogos encuentran aquí una huella de un tipo, allá otra de otro distinto y suplen con medios, a veces, por desgracia, escasos una información que no está a su disposición. No deberíamos sorprendernos por eso (*vid.* M. Prat i Sabater, 2003 y 2005, p. 377-381) porque, por ejemplo, en el caso de los catalanismos, Coromines tome unas veces una decisión amparándose en un criterio fonético, como es el caso de *entremés* (aunque se dan razones históricas también), de *frasqueta* (*id.*) o de *avería* (*id.*, aunque con una complejidad en la explicación de esta voz que va más allá de los criterios fonéticos); mientras que en otros la razón sea un argumento morfológico, como ocurre con *farol* (aunque se dan razones fonéticas también); en otros, prevalezcan las razones semánticas para llegar a una decisión, como en *a granel*, *fregajo*, *zahorra*, *convite*, *retal*, *fogón*; en algunos las razones sean cronológicas (algunas se dan también en las palabras anteriores), documentales, de uso y geográficas: *barraca*, *benjuí*, *explayarse*, *barrilla*; y en muy contados casos puedan combinarse distintos argumentos lingüísticos, como ocurre en *confite* (en realidad fonéticos y semánticos).

5. CONCLUSIÓN

En esta valoración personal del DCEC, en la que, como he señalado, no quería sacralizar ni la obra ni la persona del maestro Coromines, he tratado de mostrar cómo su sólida formación y su conocimiento de la historia del léxico castellano, adquirido lo uno y lo otro con no poco esfuerzo, han dado lugar a un diccionario, que, con todas sus imperfecciones, se convirtió en el momento mismo de su publicación en uno de los instrumentos más importantes con que contamos los hispanistas, no solo para la investigación lingüística, sino para la filológica también. Junto con ello, he querido llamar la atención sobre un aspecto del trabajo científico que no se suele tomar en consideración: la responsabilidad que el investigador contrae sobre su realización. Es una enseñanza que nos da a través de sus escritos este «mestre que [...] no li han deixat ensenyar més que a través dels seus llibres» (J. Coromines, 1986, p. 21).

JOSÉ ANTONIO PASCUAL
 Institut d'Estudis Catalans
 Real Academia Española

BIBLIOGRAFIA

- CLAVERÍA, G. (1993). «La información lexicográfica en el *Diccionario crítico etimológico castellano e hispánico* (DCECH) de J. Coromina y J. A. Pascual». En: HILTY, G. [ed.]. *Actes du XXe Congrès International de Linguistique et Philologie Romanes*. Vol. IV. Tübingen: Francke, p. 591-604.
- CLAVERÍA, G.; TORRUELLA, J. (2005). «Base de datos para un corpus de documentaciones léxicas». En: PUSCH, C. D.; KABATEK, J.; RAIBLE, W. [ed.]. *Romanistische Korpuslinguistik, II. Korpus und diachrone Sprachwissenschaft*. Tübingen: Narr, p. 215-228.
- COROMINES, J. (1942) «Rasgos semánticos nacionales». *Anales del Instituto de Lingüística*, vol. 1, p. 1-29.
- (1955-1957). *Diccionario crítico etimológico de la lengua castellana*. Madrid: Gredos; Berna: Francke. 4 v.
- (1961). *Breve diccionario etimológico de la lengua castellana*. Madrid: Gredos.
- (1980-1991). *Diccionario crítico etimológico castellano e hispánico*. Madrid: Gredos. 6 v. [«Con la colaboración de José A. Pascual»]
- (1980-2001). *Diccionari etimològic i complementari de la llengua catalana*. Barcelona: Curial. 10 v.
- (1986). «Uns brins de mossarabisme valencià». *Caplletra*, núm. 1, p. 21-27.
- (1989-1997). *Onomasticon Cataloniae*. Barcelona: Curial.
- Correspondencia entre J. Coromines y R. M. Pidal*. Ed. de J. A. Pascual y J. I. Pérez Pascual. Barcelona: Fundació Pere Coromines. [En prensa]
- Epistolari Joan Coromines & Francesc de Borja Moll* (2000). Ed. de Josep Ferrer y Joan Pujadas. Prólogo de Aina Moll. Barcelona: Fundació Pere Coromines. (Textos i Estudis; 2)
- GILI GAYA, S. (1947-1952). *Tesoro lexicográfico 1492-1726*. Madrid.
- MALKIEL, Y. (1968 [1957]). «A tentative typology of etymological studies». En: *Essays on linguistic themes*. Oxford: Blackwell.
- (1976). *Etymological dictionaries: A tentative typology*. Chicago; Londres: The University of Chicago Press.
- (1988). «L'Étymologie». *Histoire Épistémologie Langage*, núm. 10, p. 177-184. [Número dedicado a Antoine Meillet et la linguistique de son temps]
- (1996 [1993]). *Etimología*. Trad. de J. Casas y C. Laguna. Madrid: Cátedra.
- POKORNY, J. (1959-1969). *Indogermanisches etymologisches Wörterbuch*. Berna: Francke Verlag.
- PRAT I SABATER, M. (2003). *Préstamos del catalán en el léxico español*. Barcelona: Universitat Autònoma de Barcelona. [Tesis doctoral]
- (2005). «La influència del català sobre el lèxic castellà: visió diacrònica». *Llengua & Literatura*, 16, p. 363-387.
- REAL ACADEMIA ESPAÑOLA (1933-1936). *Diccionario histórico de la lengua española*. Madrid. 2 tomos.
- (1963). *Diccionario de autoridades*. Ed. facsímil. *Diccionario de la lengua castellana* (1726-1736). Madrid.
- RILKE, R. M. (1975). *Rilke on love and other difficulties*. Nueva York: W. W. Norton. [Trad. de J. L. Mood]
- SALVADOR, G. (1985). *Semántica y lexicología del español*. Madrid: Paraninfo.

- SCHMOLL, U. (1959). *Die Sprachen der vorkeltischen Indogermanen Hispaniens und das Keltiberische*. Wiesbaden: Harrassowitz.
- SECO, M. (2003). «Una introducción para este encuentro de lexicógrafos». En: MARTÍN ZORRAQUINO, M^a A.; ALIAGA JIMÉNEZ, J. L. [ed.]. *La lexicografía hispánica ante el siglo XXI: Balance y perspectivas*, Zaragoza: Gobierno de Aragón, p. 15-17.
- SOLÀ, J. [ed.] (1999). *L'obra de Joan Coromines: Cicle d'estudi i homenatge*. Sabadell: Fundació Caixa de Sabadell.
- (1999). «L'obra de Joan Coromines». En: SOLÀ, J. [ed.] (1999). *L'obra de Joan Coromines: Cicle d'estudi i homenatge*, p. 193-210.
- TERLINGEN, J. (1962). «Italianismos». En: ALVAR, M. [et al.] [dirs.]. *Enciclopedia lingüística hispánica*. Vol. 2. Madrid: CSIC, p. 263-305.
- VÁRVARO, A. (1999). «Joan Coromines y la lingüística románica». En: SOLÀ, J. [ed.] (1999). *L'obra de Joan Coromines: Cicle d'estudi i homenatge*, p. 17-27.